

HEROÍNAS SECRETAS

Idea Original: Claudia Rosales

Texto: Maha Vial

Escena I

El viaje

Alemana:

Querida Helga: Extraño misterio este de escribirte por el misterio en que pueda comunicar y tú recibir las palabras que mi alma dicta. Y así, sin más, te escribo la extrañeza de verte nunca, de abrazar a los seres queridos que componen la sustancia de mi ser. Pero, dejo ahora estos enredos en que se mete mi corazón y cuento los avatares de mi largo, largo viaje.

No imaginarás mi corazón suspendido cuando el barco Hermann comienza a alejarse. Y sentí que ya todo era definitivo como una gran puerta que se cierra tras de ti. Y aunque Rolf estuvo todo instante atento y preocupado, yo anhelaba ser la niña que fui para haber permanecido sin marido al que seguir y obedecer. Y malograda la hora en que acepté; pero, acepté por el amor que me incitó y como nuestro padre lo dijo: Usted acepta y acata.

Las penas de la travesía son muchas, hermana, y; sin querer abrumar tu ánimo, vi muchas dolencias, niños enfermos, lluvias y tormentas en medio del océano pareciendo que, en un instante, el barco naufragaba. Aunque hubo momentos hermosos de calma y me dediqué con ahínco, junto a una profesora de idiomas, a estudiar español

Ahora, sólo quedaba esperar nuestro destino poniendo nuestras vidas en manos de Dios...

Escena II

El lavadero

(Penumbras. Sonidos de pájaros, agua, campanas que se abren e inundan. Murmullos de mujeres se dejan escuchar. La escena comienza a iluminarse. Amanecer. Aparecen las mujeres que se lavan, mujeres que dejan correr el agua sobre su rostro, sus manos, su cuerpo. Mujeres que lavan paños; paños que las reflejan, paños que también son sus cuerpos. Las mujeres lavan y se dejan fluir a través del agua. Mujeres que son todas las mujeres)

Mujer 1: Agua que no has de beber...

Mujer 2: ...déjala correr

Mujer 3: Agua que corre entre bosques, libre

Mujer 4: Agua bendita para rezar

Mujer 5: Agua hecha sangre a la luz de la herida

Mujer 1: Agua que es lágrima bajo el látigo que cae

Mujer 2: Agua aprisionada en la fuente

Mujer 3: Pero agua desbordándose

Mujer 4: Pugnando por ser...

Mujer 5: ...agua

Mujer 1: que no has de beber...

Mujer 2: agua sucia déjala correr

Mujer 3: Agua que es negra, que es blanca...

Mujer 4: Agua que se mezcla y es agua nueva

Mujer 5: Agua pasión que se reprime y se atora

Mujer 1: Agua

Mujer 2: Agua hecha cruz

Mujer 3: Agua lejana

Mujer 4: Agua muerta

Mujer 5: Agua maldita

(Silencio. Se escucha la primera campanada. Las mujeres toman las palanganas y se detienen. Murmuran un rezo y se retiran.)

Escena III

La llegada de la alemana

Querida Helga, hermana mía:

He llegado a extraña ciudad llena de gente salvaje. La naturaleza se desborda y es hermosa, pero es demasiada lluvia y lodo que, a veces, puedes caer en melancolía. Aunque hay mucha tierra por hacer, por sembrar, por limpiar, también; que no es poco trabajo. Nunca pensé estar, bocabajo como campesina, abriendo surcos la tierra y entregar la semilla. Hacemos de todo, todos. Y tratamos de conservar la patria que nos vio nacer con todo aquello que se conserva cuando se nace. Apenas llegamos, el marido mío, dijo ésta es la tierra, Emma; ésta es tu tierra nueva, tu casa nueva. Lloraba yo como se llora cuando todo se pierde. Pero, más lloraba yo, y asombrada, cuando descubrí un cofre lleno de cartas, de diarios de vida de mujeres que habían vivido por este lugar. Tuve la fortuna de estar con nuestro tío Helmuth que sabía, tan sabio de palabras, que el terreno donde mis pasos daban, había sido terreno de Casa de Recogidas, un lugar de castigo para mujeres y que un Gobernador español llamado Juan Cardoso, fundó en año 1715 ¿Imaginas? ¿Imaginas, hermana mía? Y al abrir el cofre, Helga, las historias son de llanto, de penas muchas; pero, también de amor y de fuerza para soportar golpes de la vida. Aquí, sentada junto a la ventana, comienzo a entrar en un mundo que es todo el mundo y, aunque, en estos relatos, estas mujeres castigadas son tan distintas a ti o a mí, son parte de nuestra propia naturaleza...Ellas somos nosotras, Helga...

Escena IV

El Consejo

(Se encuentran en escena el Obispo, el Gobernador, la Rectora)

Gobernador: (Enojado) Tengo malas nuevas, muy malas nuevas. El barco que, desde Lima, nos traía ropajes y remesas de sueldo ha zozobrado. Se han perdido, en el oscuro mar, todas nuestras peticiones, nuestras necesidades, nuestro sudor...incluso algunas alhajas que a mi señora esposa pretendía en ofrenda

Obispo y Rectora: ¡Dios misericordioso!

Obispo: Otra vez a alimentarnos sólo de pescado y papas

Rectora: ¡Sin charqui para el valdiviano! ¡Qué desgracia!

Obispo: No blasfeme, beata

Rectora: Perdón, santo Padre

Gobernador: Nuestros pobres soldados se quejan, y con razón, por caminar descalzos, cual salvajes de la zona, por el lodazal. Y qué decir de algunos principales que buscan la manera de partir para siempre de tan aciaga ciudad. He mandado informes a la Real Audiencia de Lima. Sin embargo, la providencia nos rescata en manos de doña Clara Eslava, insigne dama que, como síndico del Real Situado, gestiona los recursos necesarios para beneficio y solaz nuestro

Obispo: Doña Clara Eslava es dama de virtud y servicio.

Rectora: Una dama muy bien emparentada.

Gobernador: Por fortuna, el asunto indígena lo tenemos parcialmente controlado. Y debo decirle, Señor Obispo, que la idea de evangelizar en su extraña lengua es acontecimiento feliz y beneficioso para la Corona... Aunque debo decir que son raza, que por ser inferior, es escasa en entendimiento

Obispo: Avanzamos, Señor Gobernador, con la palabra de Dios es posible tal empresa; pero aún hay resistencia y de las fieras ¿no le parece?

Gobernador: Armas y cruz, Señor Obispo, no lo olvide

Obispo: Amén

Rectora: Amén

Gobernador: (Mirando al Obispo) Pero he escuchado algunos requiebros respecto a la Casa de Recogidas. Y debo decir, señor Obispo, que la Corona está mirando de manera dudosa esta institución que usted dirige.

Obispo: Maledicencia de gente malsana, seguramente. La Corona puede estar tranquila de nuestra misión. Pero la Señorita Rectora, beata de renombre, podrá informar ante este honorable Consejo de los gastos y malgastos...

Rectora: ¡Malgastos nada! Cada peso con su peso. Soy devota de Dios y de la Corona. Son estas pecadoras no arrepentidas que van causando ruido para hacer olvidar la negrura de sus cuerpos y pensamientos

Obispo: En este punto, si me lo permite el Señor Gobernador, doy fe a la beatísima Rectora, dignísima representante de la Compañía de Jesús. Estas mujeres endemoniadas son capaces de artimañas que sólo el demonio sabe.

Gobernador: En eso estamos de acuerdo. Pero ¿hay progreso real? ¿Serán capaces ellas, almas de por sí innobles, enmendar el camino y transformarse en buenas esposas, madres, mujeres amantes de Dios?

Obispo: Dios las puso en nuestro camino para poner a prueba, de seguro, nuestra fe y paciencia. Hemos de hacer de ellas mujeres virtuosas en prontitud porque como bien dice Fray Luis de León: “sino tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa y ramera, y vilísimo cieno, y basura de la más hedionda de todas y la más despreciada”

Gobernador: ¡Sabias palabras!

Rectora Si ya no me necesitan, debo vigilar algunos asuntos en la Casa. ¡Buenas noches, excelencias!

Obispo: ¡Un momento, Rectora! Quiero que me de algún informe más detallado del comportamiento de las pecadoras...hábleme de esa india testaruda

Rectora: No hay mucho avance, padre. Es trabajadora y limpia, pero insiste en sus ritos y creencias demoníacas

Obispo: Castigo, Rectora, mucho castigo y mucha oración hasta que aprenda. Démosle otro año más ¿Le parece Gobernador?

Gobernador: Tal vez un poco más...para asegurarnos. Pero, a mí me preocupa Águeda Sagayo, una digna mujer española caída en desgracia

Rectora: Pero el marido de Águeda ha hecho algunos aportes a la institución con la esperanza de poder liberar a su mujer. Como ve, señor Gobernador, él ya la ha perdonado

Obispo: Que salga de aquí cuando reciba realmente la bendición del arrepentimiento

Gobernador: ¿Qué hay de las otras?

Rectora: Marchando, marchando; aunque algunas, como la cautiva y la mulata esclava, son almas solas que no reciben ni visita ni merced y por tanto hay más y menos gratitud.

Obispo: La mulata no me preocupa tanto, es una esclava y sirve para el servicio. Mi desazón es la mujer pobre esa que fue cautiva y que insiste en enloquecido afán por ser como animalito al viento ¿Y cómo va la pécora aquella?

Rectora: ¿Cuál? ¿La chinganera? Vuestas mercedes, me disculpan, pero esa tiene para rato. Vive hablando de licores y otras menudencias que resultan indecorosas de hablar. Claro que le doy duro y aun así fastidia

Gobernador: Me parece bien. Hay que vigilar y dado el caso castigar. Las mujeres deben sufrir rigor sino ¿de qué va el mundo?

Obispo: ¡Dios ampare!

Rectora: ¿Ahora sí me puedo marchar?

Gobernador: Sí, puede marcharse. Ya es todo por hoy. Buenas noches (Todos se levantan y persignan. El Gobernador se dirige al Obispo casi susurrando) ¿Querrá irse a comer unas cazuelas a la Valdiviana?

Obispo: No me molestaría en lo absoluto

Escena V

El sueño y el deseo

(Águeda, la española oligarca, ha tenido extraños sueños y se despierta un poco antes del amanecer, busca su bordado para aplacar la ansiedad)

Águeda: ¿Qué extraños sueños vienen a inquietarme? ¿Por qué se me acercan y me rozan como la suavidad de la tela que bordo? ...Suavidad de la tela que acaricia, que recuerda otras telas, más suaves aún, más tibias aún. Telas de fino hilo que se dibujan y bailan en el salón, mientras suena la música, el compás y la danza. ¡Qué ansias de estar ahí, liviana y feliz como una pluma! Pero estoy aquí entre muros grises y fríos, castigada por un deseo malsano (Pausa) ¡Culpa de ese indio maldito que me entregó al fuego! Tenía el demonio ese indio, el demonio en su piel, en su boca grande, en sus brazos fuertes. Y al demonio lo hizo entrar en mi cuerpo. Pero, muerto está, y

enterrado, por mandato de mi marido, don Antonio Cañas; muerto y ¡bien muerto!
¡Oh, Dios, perdona la blasfemia, el pensamiento oscuro (Pausa) ¿Estaría ahora aquí si
no fuera por él? ¡Maldita la criada que me traiciona! ¡Le arrancaré los ojos y la lengua
apenas la vea! ¡Perdona, Dios misericordioso, perdona este afán, pero sufro. Sufro
encierro y soledad. Sufro este cuerpo de fiebre y de castigo...un cuerpo que cae entre
otros cuerpos bastos y vulgares... ¡Dios, Dios, apártame de mí la sed de mis sueños, la
sed de mi cuerpo!

Escena VI

La confesión

(Llega al dormitorio-celda de Águeda la Rectora para llevarla a su confesión cotidiana)

Rectora: Águeda, es hora de tu confesión. Levántate y anda

Águeda: ¿Debo ser yo la primera?

Rectora: No abuses de tu suerte, oligarca; que todo lo que sube baja, salvo Dios.
Vamos, camina (Salen hacia el Confesionario. Una luz lunar se deja caer sobre el
Confesionario. Águeda se arrodilla y reza su acto de contrición)

Águeda: Señor mío, Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Creador, Padre, Redentor
mío, por ser vos quien sois, bondad infinita y porque os amo sobre todas las cosas, me
pesa de todo corazón haberos ofendido, también me pesa porque podéis castigarme
con las penas del infierno. Animada con tu divina gracia, propongo firmemente nunca
más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuera impuesta, para el perdón
de mis pecados.

Obispo: Amén. Háblame de tus pecados, Águeda ¿Has pecado ya desde ayer?

Águeda: No, padre; pero extraños sueños tuve.

Obispo: ¿Extraños? ¿Soñaste...con animales?

Águeda: (Casi mística) Veía brazos de hombres descolgándose del cielo, caían como
frutos maduros sobre mi cuerpo. Yo los espantaba, pero se pegaban a mi piel cual
bichos malignos

Obispo: ¿Entraban por tus orificios?

Águeda (Un poco espantada): Sólo se pegaban a mi piel

Obispo: Está bien, doy fe a tus palabras sólo porque conozco a tu marido. Es buen cristiano y espera tu redención. Reza tres Aves Marías y estarás libre de pecado

Águeda: Amén

(Águeda desaparece rezando. Aparece la Rectora y se la lleva en silencio. Luego, se dirige al patio donde, bajo la lluvia, permanece la india, doblada en sí y mirando la lejanía)

Rectora: ¡Tú! ¡Levántate, infiel! (La india la mira y se queda inmóvil. La Rectora la golpea) ¡Es la hora de la confesión, india! ¿No escuchas la campanada? ¡Vamos, ven! (La india se levanta y va tras la Rectora. Llegan al Confesionario. La india se queda inmóvil otra vez. La Rectora le golpea las rodillas) ¡Inclínate, ignorante! (La india le hace caso y la Rectora sale)

Obispo: ¿Has hecho acto de contrición?

India: No sé

Obispo (Para sí) ¡Otra vez me toca una salvaje! (Hablándole a la india) ¡Persígnate! (La india se persigna malamente) ¿Te tocas?

India: ¿Tocarme?

Obispo: ¿Tocas tus partes íntimas?

India: ¿Partes íntimas?

Obispo: No te hagas la loca, india del carajo ¿Te tocas el sexo?

India: (Casi llorando) Sólo para lavarme

Obispo: ¿Has tenido pensamientos malsanos con animales?

India: (Asustada y sin comprender) Nunca pienso cosas malas

Obispo: (Como para sí) Esta india me salió más tonta de lo que creí... ¿Has imaginado que alguien te toca las tetas y tú gozas con ello? ¡Dime la verdad, india, dime la verdad!

India: (Azorada): No, no, no...yo...soy Reche...yo no acabo de comprender...

Obispo: (Ligeramente encendido) ¿Has realizado contacto pecaminoso con hombre, mujer o bestia? ¿O has dejado que alguien te penetre de forma anal?

(La india gimotea. El sacerdote se acerca, roza al rostro de la india, los alientos se cruzan... la agarra de la cintura. La india va a gritar. El sacerdote le tapa la boca. Ocurre

la violación. Y el acto se muestra gestual, como una pantomima. Antes de salir, el sacerdote se persigna)

India: (Levantándose furiosa) ¡Reniego de tu dios! ¡Reniego de tu maldito dios!

Escena VII

La confesión de la india. El desgarró

India: Era el día de Machiluwun, era el día señalado para mi consagración como Machi, era el día en que la naturaleza me entregaba la confianza para proteger y curar, con mi lawen, a todo mi pueblo. Llegaron machis de otras comunidades cercanas. Recuerdo que con mis manos construí un kultrún y, después, enterré el rewe al oriente de mi ruca... Estaba purrucando alrededor de mi rewe junto a pu lamien...sentía que era feliz y que Gnechen se entregaba a la celebración. Pero, de pronto, un ruido grande, como el ruido de la enojada tierra, comenzó a escucharse cada vez más y más cerca... ¡Eran los huincas...muchos huincas con sus corazas de plata! Quemaron nuestras rucas, hicieron sangrar a nuestros hombres hasta la muerte. Las mujeres gritamos: ¡Eluanta chau Gnechen pu newen! ¡Chau Leufu sálvanos! El río nos esperaba porque el río era cómplice. ¡Wenumapu, tierra de arriba, espíritu protector, voy a tu encuentro! Pero duras manos me agarraron. ¡India bruja y pecadora me escupieron! (Pausa) El Huinca no entiende que ir a Wenumapu por voluntad no es pecado...Huinca no entiende. Wedañma huinca no es mi dios...

Escena VIII

(Las mujeres están realizando sus labores en el patio interior de la Casa de Recogidas. Desde dentro se escucha la voz de Domitila Tello, la Chinganera: “¡No está!... ¡Y aquí no está!... ¡En el refectorio tampoco está!” (Entrando jubilosa)

Domitila Tello (gritando, feliz):

I

¡La Rectora está ausente!

¡Por fin somos gente!

No hagamos dilación
Y empecemos la canción

II

Harta falta nos hace
Olvidar los ultrajes
Que reciben cada día
Los femeninos trajes

III

Yo no fui señora
Ni recibí unción
Fui sin lugar a dudas
Una más del montón

IV

No tuve marido
¡Líbreme Dios!
Sólo un rancho perdido
Donde huachos tuve dos

V

Crecieron las pobres mentes
Con puros padres ausentes
Con poco pan y poco amor
Mejor olvido el dolor

VI

Mi puerta siempre se abrió
Con pocas monedas bastó

Si hasta el gobernador
De mi cuerpo disfrutó

VII

Aquí termina mi historia

Y no lo digo con pena

El que gozó mi gloria

Es el mismo que condena

(Dan aviso de la llegada de la Rectora. Salen apresuradamente)

Escena IX

Anhelo de libertad

(En escena permanece el Gobernador sentado de espaldas. La cautiva corre alrededor de él)

Ana Toledo (Corre alrededor del Gobernador): Excelentísimo Gobernador...No, no...Excelentísimo Señor Gobernador...vengo a usted a pedir clemencia... haga el favor, señor, de escucharme... Siendo muy joven, fui entregada por mi padre a los señores de la corona que buscaban mujeres para los soldados en esta tierra...He sido una mujer muy espiritual, no tenga usted duda; por eso me avergüenza decirle que yo...yo, apenas llegada a esta tierra, fui sometida a cautiverio por los indígenas, en una de sus tantas revueltas. Sufrí, Señor Gobernador, cuando el cacique me tomó para sí, como una más de sus esposas. A pesar de todo, Excelentísimo, aprendí de ellos la sobrevivencia en armonía con la naturaleza. Allí, alrededor del fuego, bajo el cielo estrellado comprendí que mi vida estaba en medio del bosque. Ahora quieren casarme, me dicen que una mujer no puede vivir sola. Pero le juro, Señor Gobernador, que yo soy capaz... ¡Déjeme, por piedad, en libertad! Yo le pido, con humildad...

Gobernador: ¡Basta! Saquen a esta sacrílega de aquí! ¡Llévenla a la Casa de Recogidas!

(La cautiva sale, apresada)

Escena X

La palabra vedada

(Se encuentra en escena la Mulata Tránsito. Está concentrada escribiendo. Es descubierta por Ana Toledo)

Ana Toledo: ¡Mulata! ¿Qué haces? ¿Estás escribiendo?

Mulata Tránsito (Suplicando): ¡Señorita Clara! Por favor, por su dios, nada diga, no me acuse a la Rectora. Hago lo que quiera, pero nada diga, hago lo que quiera...

Ana Toledo: ¿Por qué habría de hacerlo, Tránsito? ¿Por qué habría de traicionarte? No acongojes tu corazón...Pero, dime... ¿cómo puedes escribir?

Mulata Tránsito: ¡Oh, hace mucho tiempo! En otra tierra, lejos de aquí, también era yo esclava y trabajaba como he trabajado desde que nació. Pero, las hijas de mi amo, que eran niñas de grande corazón, me tomaron un día y dijeron: “Tránsito, te vamos a enseñar a leer y a escribir para que conozcas a Dios y sepas nombrar las cosas” Y comencé a dibujar letras y pintarlas de sentido...

Ana Toledo: ¿Y ahora qué escribes?

Mulata: Escribo la historia de todas, de todas las que transitan por aquí. Las escribo con la letra de la verdad

Ana Toledo: ¿Y tu historia?

Mulata Tránsito: ¡Y la mía!... ¿Quieres que te lea por qué estoy aquí?

(Salen Mulata Tránsito y Ana Toledo. Aparecen las Guardianas de la Moral e increpan a la Mulata. Comienza la acción del aborto)

Mulata Tránsito: Una esclava hija de esclava no quiere tener hijas esclavas. Quiere hijas libres como el susurro del viento. Cuando el hombre blanco rasgó mi piel, la

sangre roja me nubló y quise ser un cuerpo yermo. Fui más allá del miedo y bajo la luna llena escribí la palabra muerte sobre mi vientre... (Realiza acción de abortar) hojas de ruda, matas de perejil, orégano, romero y salvia para hervir...luego beber, beber, beber hasta que duela...Me agarraron aún con la sangre fresca entre mis manos y el látigo cayó sobre mí con la fuerza de un rayo...Entonces, me trajeron aquí. Yo les dije: "Esta mulata ya no tiene ni tendrá semilla esclava" (sale)

Escena XI

El final

Hermana mía:

¿Recibiste bien mi carta? Son tantas las distancias que, a veces, pienso que nunca nada llega entre tú y yo. Pero, son esas creencias terribles mías y tú no harás caso. Los días van siendo más apacibles, me voy de a poco acostumbrando. Los niños están felices, gordos y de buena salud. ¡Cómo anhelo que tú y mamá puedan estar junto a ellos, junto a mí! Me haces falta, pero mantengo sólo recuerdos que me unen a ti.

Ahora, estoy sentada junto a la ventana, mientras la lluvia cae. Nuevamente me encuentro rodeada del espíritu de mujeres que transitaron por aquí. Rolf dice que, desde que trato en descifrar esta historia, me he vuelto lejana, extraña, porque me empeño en cuidar el jardín para hacer lugar precioso, para borrar huellas de dolor. Yo misma creo que es así. También mi cuerpo se transforma para habitar lo indómito de esta tierra. Me pregunto, Emma, cómo es posible que una iglesia, como la que existe aquí haya sido tan cruel y tan castigadora con sus mujeres. Y al entrar en ese mundo, hermana, que es todo el mundo, pienso que ellas, las castigadas, las recogidas; a pesar de ser distintas a ti o a mí, son parte de nuestra naturaleza...Ellas somos nosotras, Helga...

Escena XII

Abandono y destrucción

(El obispo se encuentra leyendo la biblia. Entra el Gobernador y le entrega una carta)

Gobernador: Buenos días, señor Obispo. He recibido este documento. No pude hacer nada. ¡Que Dios lo proteja!

Obispo (leyendo la carta): ¿Es posible, Dios, esta ignominia? ¿Nos expulsan de estas tierras, a nosotros, que tanto hemos hecho por estos salvajes? ¡Dios, en tus manos está nuestro destino! (Sale rápidamente. Entran las mujeres y comienzan a desarmar la casa)

Águeda: Una casa abandonada por Dios

India: ¡Por tu dios y sus huestes, querrás decir!

Tránsito: ¡Ni un pan caliente logré encontrar en la vacía casa!

Águeda: ¡Huyeron los malandrines y quizás qué otros llegarán!

India: Tu religión te hace trágica. Pero una casa se renueva

Tránsito: Porque la casa cuando no es buena se cae a pedazos

Águeda: ¿Crees que de los pedazos se hace casa nueva?

India: Hecha de tierra y de pasto

Tránsito: De luna, de tambores y de fuego

Águeda: ¿Hecha de mis bordados y de mi música?

India: De todo eso, pero sin dueños ni lamentos

Tránsito: Sin puertas...ni candados

Águeda: ¿Podré encontrar esa casa?

(La escena se congela)

